

Jesús, el mediador de un nuevo Pacto

Hebreos 8:1 al 10:18

La superioridad del sacrificio de Cristo

Hebreos 9-10

Una vez y para siempre

Hebreos 10:11-18

Introducción:

La eternidad es algo incomprensible para nosotros que nos encontramos inmersos en un mundo marcado por el tiempo. Estamos acostumbrados a que constantemente debemos repetir, una y otra vez, las cosas que hacemos. Por ejemplo, todos los días dormimos, nos despertamos, nos duchamos, desayunamos, nos lavamos los dientes, constantemente debemos salir a trabajar, a estudiar, entre otros. Nuestra vida consiste en una serie de actos repetitivos. Cada domingo debemos salir de nuestras casas para reunirnos en el culto de adoración, todas las semanas, todos los meses, todos los años. Esta es una de las marcas distintivas de la vida en la tierra y en este mundo creado bajo el dominio del tiempo.

Pero hay un mundo superior, más allá de esta creación, donde habita el Eterno, cuya característica principal es el eterno presente, donde las cosas se hacen una sola vez y para siempre, donde no hay pasado ni futuro. Aunque esto es incomprensible para nosotros, podemos hallar en las Sagradas Escrituras algunas descripciones de lo que es el eterno presente:

- El eterno presente consiste en que allí nada cambia, siempre es igual. Los seres humanos y las cosas del mundo cambian debido a la influencia del tiempo. Nosotros estamos cambiando constantemente. Hoy no somos los mismos de ayer, hoy conocemos más y por lo tanto ya no somos los mismos, se han dado ciertas modificaciones. Pero en el eterno presente, siendo que no existe el tiempo, entonces no hay cambios, no se crece y no se decrece, todo permanece igual. Santiago nos dice que toda buena dádiva viene del Padre de las luces “...en el cual no hay mudanza ni sombra de variación” (Stg. 1:17). Una característica del eterno presente es que no hay cambios “...Porque yo Jehová no cambio” (Mal. 3:6).

- El eterno presente consiste en que las cosas se dan una sola vez y permanecen así. Cuando Jesús se entrevistó con la Samaritana él le dijo algo que para ella fue difícil comprender, él le dijo que cualquiera que bebiere del agua pura del pozo de Jacob, aunque satisfaga por un momento su sed, muy pronto volverá a experimentar la necesidad de más agua, y aunque muchas veces beba de esa agua, siempre volverá a experimentar sed. Pero no sucede así cuando las personas beben del agua celestial, del agua que proviene del eterno presente, esa agua, la cual es dada por Cristo mismo, una vez se tomó, entonces se tomó para siempre y jamás la persona volverá a experimentar sed, pues, el agua estará fluyendo para siempre en él: *“...cualquiera que bebiere de esta agua, volverá a tener sed; mas el que bebiere del agua que yo le daré, no tendrá sed jamás; sino que el agua que yo le daré será en él una fuente de agua que salte para vida eterna”* (Juan 4:13-14).

- También en el evangelio de Juan, el Señor Jesús nos habló del eterno presente con relación a la necesidad del alimento. En nuestro mundo terreno nosotros comemos todos los días. Así nos llenemos de las comidas mas deliciosas y nuestro estómago esté a punto de reventar, de manera que no quisiéramos pensar en comida por el resto de nuestros días, la realidad es que a la mañana siguiente volveremos a experimentar hambre. Pero en el eterno presente, una vez se come el pan del cielo, ya nunca más se experimenta hambre, porque la constante será estar alimentado por ese pan. *“Y Jesús les dijo: De cierto, de cierto os digo: No os dio Moisés el pan del cielo (porque los Israelitas en el desierto volvieron a tener hambre todos los días a pesar de comer el maná, y si hubiera sido un verdadero pan del cielo, del eterno presente, entonces no hubieran experimentado jamás hambre)... Yo soy el pan de vida; el que a mí viene, nunca tendrá hambre; y el que en mí cree, no tendrá sed jamás.”* Juan 6:32, 35. Lo comes una vez, y para siempre estás alimentado.

El autor de Hebreos, a través de todos los capítulos que hemos estudiado, se ha esforzado en enseñarnos la maravillosa verdad que el cielo, o las cosas celestiales, son mejores que las terrenas, porque no hay cambios. Una vez que has obtenido las bendiciones espirituales, las cuales proceden del Eterno presente, entonces te haces acreedor a ellos de una vez y para siempre. Nada podrá cambiar. Una vez comes el pan, el cual es Cristo, y bebes del

agua espiritual que él da, nunca más tendrás hambre, nunca más tendrás sed, o dicho de otra manera, siempre estarás satisfecho con ese pan, siempre estarás saciado con esa agua.

Aunque los cristianos aún nos encontramos bajo los efectos del tiempo, no obstante, por medio de la fe, podemos disfrutar numerosas bendiciones que proceden del Eterno presente; esto es a lo que nuestro autor ha denominado “*los bienes venideros*” (9:11) “*las cosas celestiales*” (9:23). Estas bendiciones que se dan una vez y para siempre proceden del sacrificio de Cristo en la cruz. Los creyentes ahora pueden disfrutar de cosas que son eminentemente celestiales, pero siendo que estamos acostumbrados a lo terreno, entonces nos es difícil entenderlas y aceptarlas. No podemos creer que nuestros pecados hayan sido perdonados una vez para siempre, como ya lo ha enseñado nuestro autor, sino que preferimos creer que las cosas espirituales o celestiales, son como las terrenas. Por eso muchos sinceros creyentes viven en temor constante de perder la gracia de la salvación o el perdón de sus pecados, de manera que, creen ellos, una persona puede ser beneficiada por la muerte de Cristo en la cruz por cierto tiempo, pero luego, por cambios en la persona o descuidos personales, perder esos beneficios. Cuando pensamos así estamos viendo las cosas celestiales que nos trajo Cristo como pertenecientes a la esfera terrena y temporal, pero las cosas no son así. La salvación que nos da Dios no es de esta tierra, es celestial, y por lo tanto eterna. Realmente, aunque tengamos ciertos conocimientos religiosos, nos es difícil entender las cosas celestiales, eso fue lo que le dijo Cristo al sabio Nicodemo: “*De cierto, de cierto te digo, que lo que sabemos hablamos, y lo que hemos visto, testificamos; y no recibís nuestro testimonio. Si os he dicho cosas terrenales, y no creéis, ¿cómo creeréis si os dijere las celestiales?*” (Juan 3:11-12).

En los versos 11 al 18 de nuestro capítulo el autor hace como especie de un resumen de lo dicho hasta el momento respecto a la repetitividad de los sacrificios que celebraban los judíos bajo el antiguo pacto y la exclusividad del sacrificio de Cristo, el cual no requiere ser repetido sino que garantiza la total purificación y santificación del creyente.

v. 11-12 “*Y ciertamente todo sacerdote está (de pie) día tras día ministrando y ofreciendo muchas veces los mismos sacrificios que nunca pueden quitar los pecados;*

pero Cristo, habiendo ofrecido una vez para siempre un solo sacrificio por los pecados, se ha sentado a la diestra de Dios.”

En estos dos pasajes nuestro autor, nuevamente, contrasta la imperfección de los sacrificios levíticos con la perfección del sacrificio de Jesús. Veamos el siguiente cuadro para una mejor comprensión:

Sacrificios Levíticos

Todo sacerdote (muchos)
Día tras día
Se pie
Ofreciendo muchos sacrificios
Nunca pueden quitar los pecados

Sacrificio de Jesús

Pero Cristo (un solo sacerdote)
Una sola vez
se ha sentado
un solo sacrificio
Por los pecados

Los escritores sagrados no son pluralistas en asuntos de la fe. Ellos quieren que el pueblo del Señor conozca la verdad y en ese acometido no temen lo que otros puedan decir. Ellos saben que solo la verdad nos hará libres y anhelando la libertad para los lectores son claros en decir las cosas. Muchos judíos se iban a ofender con estas declaraciones del escritor de Hebreos, muchos iban a tildarlo de intolerante, pero el amor a la verdad nos conduce a tratar los asuntos, con prudencia y amor, pero con sinceridad, franqueza y confrontación. Definitivamente las leyes ceremoniales del Antiguo Pacto estaban destinadas a desaparecer, y Dios no las vistió nunca con un traje de perfección. Estas ceremonias pertenecían a un culto, que aunque había sido ordenado por Dios, era terreno, de esta esfera controlada por el tiempo. Ríos de sangre eran derramados constantemente por una diversidad de sacerdotes que se turnaban para cumplir con los deberes sacrificiales. Esto era asunto de todos los días. Mientras un sacerdote estaba terminando los oficios ceremoniales del día, ya otro sacerdote estaba preparando todo para la jornada de sacrificios del día siguiente. Nunca se descansaba de esto, día tras día los sacerdotes estaban de pie en el templo llevando sus deberes. La sangre no cesaba de correr en el altar, animales, ofrendas, holocaustos, inciensos, lámparas, todo era un ritual de mucho trabajo.

Pero Dios había preparado, desde la eternidad, mejores cosas, las cuales se manifestaron en el cumplimiento del tiempo, a través de Jesucristo, quien trajo lo celestial, lo eterno, lo duradero, lo que se hace una vez para siempre. De manera que desde la muerte sacrificial del Hijo de Dios ya no se requerían mas sacerdotes, más sacrificios de animales, más incienso, mas lámparas o velas encendidas, más lugares o sitios santos, sino que ahora, todos los creyentes serán sacerdotes que podrán entrar a la presencia de Dios, no para rendir un nuevo sacrificio que le permita acercarse a Él, sino por medio del único sacrificio hecho por Jesús. Esta será una aplicación especial que nuestro autor hará en este capítulo 10.

Ahora, el autor nuevamente insiste en que estos sacrificios del antiguo pacto no sirvieron para quitar *“los pecados que completamente cubren al hombre y de los cuales solamente Cristo puede librarlo”*¹.

Pero si los sacrificios levíticos no pudieron conseguir la limpieza, hubo un sacrificio, que aunque fue hecho en carne y en un momento histórico de este mundo, su calidad no era terreno, sino celestial. El que vino del cielo, este fue el que murió. Por lo tanto, el valor de este sacrificio es celestial, y en consecuencia eterno. De manera que se hizo una sola vez y satisfizo la necesidad que Dios quería cubrir, es decir, el pecado de los elegidos para salvación.

Una prueba de que el sacrificio de Cristo es de valor celestial – eterno, consiste en que él no está de pie, como los sacerdotes levíticos que día tras día se mantenían de pie ofreciendo sacrificios ineficaces, sino que luego de presentar su ofrenda ante el Padre se ha sentado para siempre al lado del Trono en las alturas. Una vez hizo su obra, reposó de ella, así como el Padre reposó luego de haber realizado la obra de la creación.

Aquí hay otro contraste entre el limitado sacerdocio judaico y el sacerdocio de Cristo. Los sacerdotes levíticos ingresaban al templo o al tabernáculo a cumplir con sus deberes, pero ellos no permanecían más del tiempo debido dentro del lugar santo o el santísimo, pues, para ellos no era muy cómodo estar dentro de ese sitio. La morada de Dios era terrible para un sacerdote pecador, él sabía que su vida corría peligro. De manera que una vez terminaban su labor, procuraban salir con prisa de allí. Pero con el sacerdote Jesús no

¹ Kistemaker, Simon. Hebreos. Página 330

sucedió igual, sino que una vez él cumplió con su obra perfecta, ingresó para siempre a la misma presencia de Dios en los cielos. Él no tiene temor de estar allí, porque él es totalmente puro y Dios recibió la ofrenda que ofreció, no por él mismo, sino por su pueblo.

v. 13 “*De ahí en adelante esperando hasta que sus enemigos sean puestos por estrado de sus pies*”

Este versículo es una cita directa del Salmo 110:1, el cual ha sido usado como argumento en otros capítulos de la epístola (1:3, 13; 8:1; 10:12; 12:2). Como dijimos en el estudio anterior, los escritores el Nuevo Testamento creen en la total inspiración de las Sagradas Escrituras y la tienen como máxima norma en materia de fe y conducta. Ellos no quieren creer, practicar o enseñar algo que no surja directamente de esta fuente inerrante.

Jesús ahora está sentado a la diestra del Padre, y desde allí intercede por su pueblo, pero no solo hace esto, sino que espera hasta que se cumpla el tiempo establecido por el decreto de Dios para dar su merecido a los enemigos del Reino. Estos enemigos son los que se niegan a reconocer el Señorío de Jesús, los que rechazan su abundante gracia, y no aceptan su autoridad y poder. Aunque ellos, por este tiempo, se alegren porque Dios aparentemente no hace nada en contra de su conducta malvada y su rechazo flagrante, no obstante llegará el día en el cual la copa de su ira se llenará, y así como los cultivos maduran al punto en el cual deben ser cosechados, la maldad de los enemigos de Cristo llegará a su punto final y allí aparecerá Cristo para darles su merecido castigo. Llegará el día en el cual “... *se doble toda rodilla de los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra; y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios padre*” (Fil. 2:10-11). El Señor Jesús, espera pacientemente, sin desespero, la llegada del tiempo en el cual se evidenciará lo que dijo a los discípulos “... *yo he vencido al mundo*” (Jn. 16:33), o lo que dijo Pablo “*Luego el fin, cuando entregue el reino al Dios y Padre, cuando haya suprimido todo dominio, toda autoridad y potencia. Porque preciso es que el reine hasta que haya puesto a todos sus enemigos debajo de sus pies. Y el postrer enemigo que será destruido es la muerte*” (1 Cor. 15:24-26). Hoy la causa de Cristo está siendo atacada por hombres impíos que aborrecen la fe cristiana. Muchos somos ridiculizados a causa de nuestra fe, otros van a la cárcel por querer vivir conforme a los mandatos del Salvador, otros son

acusados de intolerantes y faltos de amor por predicar los mandamientos de su Santa Ley, pero nosotros también esperamos con paciencia la manifestación del Hijo de Dios. Un día el vendrá y todos los que le rechazaron, los que se burlaron de nosotros harán gran lamentación al ver al Rey de reyes viniendo en majestad. Este Rey, a los creyentes, nos hará participes de su reino eterno, mientras que a los incrédulos les dará su merecido. “*He aquí que viene con las nubes, y todo ojo le verá, y los que le traspasaron; y todos los linajes de la tierra harán lamentación por él. Sí, amén*” (Ap. 1:7).

Satanás, el enemigo de todo lo bueno, también se opone al reino de Cristo, y aunque él fue atado por el poder de Cristo cuando vino a esta tierra, aún esperamos que él venga para destruir por completo a este antiguo enemigo, el cual será arrojado en el lago de fuego, tal como dice Juan en Apocalipsis 20:10 “*Y el diablo que los engañaba fue lanzado en el lago de fuego y azufre, donde estaban la bestia y el falso profeta; y serán atormentados día y noche por los siglos de los siglos*”.

v.14 “*Porque con una sola ofrenda hizo perfectos para siempre a los santificados*”

Aunque la doctrina del juicio contra los incrédulos es importante en el sistema teológico bíblico, no obstante el argumento principal que nuestro autor quiere desarrollar es de la perfección de los creyentes a través del sacrificio de Cristo. Que los creyentes son santificados de una vez por todas, es una verdad que ya ha sido enseñada por nuestro autor. En el capítulo 2 verso 11 dijo: “*Porque el que santifica y los que son santificados de uno son todos*”.

Por cierto, este pasaje nos deja ver que la santificación es un proceso actual en el creyente². De manera que la declaración del autor, “*que hizo perfectos para siempre a los santificados*”, no descarta la idea de que la santificación es un proceso continuo. Hay un sentido en el que los creyentes ya estamos perfectamente santificados. Hemos sido apartados del pecado para Dios. El apóstol Pablo también presenta estos dos aspectos de la

² “*Los que son santificados (tous hagiázomenous)*. Participio presente articular (caso acusativo) en voz pasiva de *hagiázō* (nótese el perfecto en el v. 10), bien debido a que el proceso sigue en marcha, bien por la repetición en tantas personas, como en 2:11”. Robertson A. T. Comentario al Texto Griego del Nuevo Testamento. Página 623.

santificación cuando escribe en 1 Cor. 1:2 *“a la iglesia de Dios que está en Corinto, a los santificados en Cristo Jesús, llamados a ser santos con todos los que en cualquier lugar invocan el nombre de nuestro Señor Jesucristo...”*. Los creyentes hemos sido santificados por la obra de Cristo en la cruz, hemos sido hechos perfectos y ahora estamos seguros en Cristo, le pertenecemos al Señor, pero hay otro sentido en el cual estamos siendo santificados constantemente, pues, no solo nuestra posición es la de santos, sino que nuestra acción debe corresponder con ese llamado. Y todo esto se consiguió con una sola ofrenda, no con muchas, como dice Kistemaker *“El sacrificio de Cristo, único en sí mismo, efectuó la santificación para el creyente. Es decir, cada creyente recibe estos beneficios del sacrificio de Cristo en la cruz: sus pecados son perdonados, su conciencia es purificada; tiene paz con Dios, la certeza de la salvación y el don de la vida eterna. Cristo ha perfeccionado al creyente para siempre”*³. O como dice MacDonald *“En primer lugar, tienen una perfecta posición delante de Dios; están delante del Padre en toda la aceptabilidad de Su amado Hijo. En segundo lugar, tienen una perfecta conciencia por lo que respecta a la culpa y a la pena por el pecado; saben que el precio ha sido pagado de una manera plena y que Dios no exigirá el pago una segunda vez”*⁴.

Somos perfectos en Cristo, pero somos llamados a crecer en la perfección. Somos santos en Cristo, pero somos exhortados a crecer en santificación. *“sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto”* Mat. 5:48.

Aplicaciones:

- Las verdades que hoy hemos aprendido del Espíritu Santo, quien nos enseña a través de la Epístola a los Hebreos, nos llevan a entender que el sacrificio de Jesús, la ofrenda de su obediencia y su cuerpo, lograron conseguir, de una vez y para siempre, la completa limpieza de los creyentes. Por lo tanto, este único y perfecto sacrificio no puede ni debe repetirse. Fue un sacrificio de valor eterno, celestial. De manera que cuando la Iglesia de Roma realiza el sacrificio de la misa, no solo está haciendo algo indebido, sino que ofenden

³ Kistemaker, Simon. Hebreos. Página 331-332

⁴ MacDonald, William. Comentario Bíblico. Página 1003

y blasfeman contra la sangre eficaz de Cristo. Nosotros como creyentes jamás debemos tener complacencia en participar o asistir a una misa donde el sacerdote supuestamente y de forma blasfema sacrifica de nuevo a Jesús. Sé que muchas vez nuestros familiares o amigos nos invitan a participar de una misa, ya sea por la muerte de alguien querido u otra ocasión especial, no obstante debemos ser honestos, de manera amorosa, con nuestras amistades y familiares, exponiéndoles las razones que tenemos para no participar, ni asistir a semejante y blasfema ceremonia. No podemos acolitar creencias o actividades que van en contra de nuestra fe con nuestra presencia. De la misma manera, nosotros no podemos participar de esos actos ecuménicos, en los cuales, con base en el “amor cristiano” evangélicos y católicos oran juntos y celebran sus rituales, incluyendo el de la misa, pues, eso significa participar de un acto ofensivo y blasfemo contra el exclusivo e irrepetible sacrificio de Jesús. Su sacrificio hizo innecesario la existencia de algún ministerio sacerdotal especial.

- Apreciado hermano, muchas veces nuestra alma se ve en angustia, cuando por efecto de nuestros pecados somos llevados a experimentar inseguridad de nuestra aceptación ante Dios, pero siempre debemos recordar que nuestra salvación depende de la obra de aquel que ofreció una ofrenda perfecta ante el Padre, recuerda las palabras que escribiera John Bunyan, las cuales le dieron consuelo y confianza: <Pecador, tú pensaste que por tus pecados y debilidades yo no puedo salvar tu alma, pero he aquí que mi Hijo está a mi lado y yo lo miro a él y no a ti, y obraré contigo de acuerdo con mi contentamiento con él>”⁵.

⁵ Bruce, F. F. Hebreos. Página 243